

de un mazo de batán. La culpa de todo la tiene siempre el cobrador á quien tratan de cualquiera manera.

—No hay piedad para el *anima prava*. Recordaba que muchas veces estando en pie desde las diez, al sentirse la espalda dolorida y teniendo una gran necesidad de apoyarse un momento en la plataforma anterior para descansar un poco, expresaban sus ojos el ansia que sentía de sentarse un momento. Pues bien, nunca se le había ocurrido á ningún pasajero adivinar su cansancio y dejarle un sitio por misericordia; nunca. Cada pasajero trata al cobrador como si se hubiese levantado de la cama una hora antes, y debiese volver á ella poco después; cada uno parece que le diga: *Omai convien che tu cosi ti spoltre* .. ¡Ah! si probasen durante una semana nuestros colchones de plumas!

Pero todo eso lo dijo con tono más bien de broma que de queja, y con la misma vivacidad estudian-tesca con que había empezado á charlar. Sí, verdaderamente: mirar quien sube y quien baja, quien llama de cerca y de lejos, saltar para ayudar á los que suben, tener cuidado en los cruces, dejarse estrujar por los pasajeros para cojer los céntimos, cambiar, anotar, devolver el cambio de monedas, contestar á los que le preguntan, poner paz entre los litigantes, tener que aguantar las bromas y las tonterías de los mal educados, con la mente fija y ojo avizor, bajo el sol que abrasa, la lluvia, el viento, todos los santos días del año, por dos pesetas y media cada día... es una existencia muy amarga, muy dura.

Y como final... *Tanto é amara che poco é piu morte*. Si Dante volviese al mundo, añadiría á sus tormentos los de las líneas de los tranvías, y pondría de cobradores á los pecadores más empedernidos.

Habíamos llegado á aquella plaza solitaria de la barrera que parece la de una aldea lejana de Turin, desde donde se alarga por la abierta campiña la calle de Milán, y en el momento de bajar, el cobrador dantesco me contó un caso que era verdaderamente de los más graciosos. El día antes, habiendo subido al tranvía una señora alemana que no logró comprender á donde quería ir, un caballero tieso y mal criado, había dicho con gran seriedad á un vecino:

—Está bien lo sucedido: la Sociedad debiera tener cobradores que supieran varias lenguas.

Y el cobrador le contestó:

—¿Las lenguas vivas, verdad? El latín y el griego únicamente como de adorno.

*
*
*

Durante tres días no advertí ninguna escena que valga la pena de ser relatada, exceptuando una fuga de señoras que huyeron aterrorizadas de un co-

che cerrado, en el que un loco original, creyendo divertirse y divertir á los pasajeros, se había levantado y puesto en uno de los hombros dos ratas blancas domesticadas que daban vueltas alrededor de su cuello, como un collar viviente. Se armó un escándalo, una de gritos y carreras que fué preciso que llegara un municipal condecorado con la medalla del valor militar. El domingo, veinte y siete, andando y volviendo del Sferisterio, tuve dos encuentros deseados. El primero en una de las jardinerías de las afueras: Tadeo y Veneranda con su niña. Pero, ¡cuán cambiados los tres! A primera vista lo comprendí y ví todo: una enfermedad mortal de la criatura adorada; serie de días y noches horrendas, continuos sollozos, la madre de rodillas, el padre desesperado. La pobre niña estaba todavía pálida y demacrada, y sobre su rostro enflaquecido á través de la alegría de la resurrección, se advertían aun las huellas de las pasadas angustias y del terror. Como la primera vez tenían la niña entre ellos. Yo quedé en frente. Como se recuerda fácilmente el rostro de los que acarician á nuestros hijos, reconocieron, sonrieron é interrogaron con una mirada ansiosa mi mirada como queriéndome decir:

—¿La encuentra usted muy cambiada, verdad?

Y mostrándomela mejor todavía en aquel momento en señal de la gran intensidad del dolor sufrido, por aquellas dos naturalezas plácidas que debían haber vivido durante tantos años una vida tranquila y sosegada. Y luego sin esperar que yo les interrogara me dieron la triste noticia: el crup,

un mes de cama, la niña considerada perdida y luego la historia entera de la enfermedad con un torrente de palabras: los primeros síntomas del mal, el médico, los remedios, agravación de la enfermedad, las palabras que decía la niña y que ellos habían creído las últimas en aquellas noches en que su razón se extraviaba por la fuerza de la fiebre, y les parecía que el mundo iba á derrumbarse bajo sus pies. ¡Ah! ¡no era demasiado terrible! ¡Ah! ¡quien no lo ha pasado no puede imaginarlo! Y luego la crisis de la enfermedad, los primeros buenos indicios, las primeras palabras consoladoras, las alegrías infinitas; y aquí una efusión de gratitud para el doctor Boni, ¡un talento, un ángel! El otro ángel pequeñito hacia tres días que le sacaban, aquel era su tercer paseo de convalecencia.

—Empieza á recobrar la salud,—dije.

—¿Le parece? ¿Le parece á usted que empieza á ponerse buena?

Y me miraron con reconocimiento, como si mis palabras hubieran influido para llevar un poco de color rosado sobre aquel rostro menudo, ó como si el mundo entero hubiese tomado animación por medio de sus ojos. Y no apartaban un momento la vista de ella, la acariciaban con las manos como para preguntarla y protegerla, y en aquel punto se desarrolló una escena que me conmovió. Presentóse el revisor y pidiéndoles los billetes le entregaron hasta el de la niña. Aquel dijo que no tenían necesidad de haber pagado por la niña, puesto que no tenía todavía tres años, y que la podían haber llevado sentada sobre las rodillas. Ya lo sabían;

pero sorprendí en seguida su pensamiento. Tomar un billete para ella era como para hacerla más grande, y para hacerla ocupar un poco de espacio; era para ellos como una afirmación que se hacían así mismos, una voluntaria y cara ilusión de que su personilla era mucho menos frágil y endeble de lo que en realidad parecía. ¡Con qué dulce acento me dijeron al bajar:

—¡Hasta la vista!

Yo viéndoles alejarse pensé confusamente en otros convalecientes que había visto sentados en aquellos bancos entre sus padres, y aquel tranvía que dá al que acaba de salir de una enfermedad y á su familia la alegría de un paseo en carruaje que no puede hacer de otra manera, me apareció bajo un aspecto nuevo, piadoso y benéfico como el de un coche futuro que yo sueño, no destinado á otras gentes que al servicio de todos los que han escapado de la muerte.

*
*
*

Saliendo del Sferisterio, tomé en el paseo Margarita, la jardinera de la línea de las afueras, llena de rostros alegres, subidos de color que venían de

la *Madonna* del Pilar, el Auteuil de Turín. Estábamos en mitad de la calle Vanchiglia, cuando entre las siete filas de nucas que estaban ante mí, ví una que me pareció reconocer; era de un hombre, un obrero en apariencia que tenía abierto el diario *Por la idea*. ¿Dónde había visto yo aquella ancha nuca? Junto á él estaba sentado un muchacho con la cabeza apoyada en un brazo, y al lado del muchacho, una mujer, que al volverse durante un momento iluminó mi memoria. Era el tal, aquel operario llegado del Verellese sin trabajo y rabioso, el cual, dos meses atrás en el tranvía de la calle Cernaia, había arrancado de la mano de un chiquillo y tirado en mitad del arroyo el caramelo que yo le había regalado. ¡Maldita sangre! No pude contener á tiempo el odio y el desdén que me invadió, aun cuando el diario que tenía en la mano me dijera que su mente se había abierto á nuevas ideas, como su vestido, y el de los suyos, me decía que había encontrado trabajo y que su ánimo debía haber cambiado mucho. Luego sentí viva curiosidad; pensé que quizá si me viera, recordaría su acto de aquel día, y tenía deseos de saber si en esta ocasión, despertaría su cólera como aquella vez, ó si me miraría con indiferencia. Esperé que bajaran y al llegar á la calle Lagrange, se levantaron los tres, presentándoseme de perfil, tan cerca, que al bajar no podían menos de verme. Encontré primero, la mirada de la mujer que me miró fijamente para reconocirme, como me reconoció después de un momento de incertidumbre, entornando ligeramente los ojos. Encontré luego la mirada del obrero, que

me reconoció también, y me echó una mirada torva frunciendo el entrecejo.

—¿Tengo yo,—pensé,—tan odiosa facha de burgués egoísta y de explotador de obreros, para que no me haya perdonado todavía, después de dos meses, un acto de cortesía?

Y de nuevo estuve á punto de dar rienda suelta á la cólera y al desdén que me dominaban, pero el grito de «¡adelante!» del cobrador me detuvo como una palabra mágica: recordé el «adelante» con el cual un joven apóstol, ardiente de la idea, una de las almas más generosas que he conocido, terminaba siempre su relato de los actos de ingratitud y de desconfianza injuriosa con que le pagaban algunas veces los obreros, los actos suyos de nobleza y apostolado. «Adelante;» «adelante,» decía, y se ponía á trabajar con un valor heroico, y la paciencia de un santo. ¿Qué otra cosa son esos resentimientos, sino los dejos miserables del orgullo estúpido que los hombres sintieron en la edad antigua? ¡Adelante!

* * *

Sí, «adelante»; hé aquí una buena terminación de discurso; sí «adelante», ¡palabra fácil de decir á nuestro orgullo! Lo malo es que este orgullo cuan

do se le habla de este modo, deja decir y parece empequeñecerse, y luego á la primera ocasión empieza á hacer de las suyas. Esas buenas palabras, las dije yo al mío á la tarde siguiente entrando en una jardinera de la calle de Roma, y teniendo cerca de mí á tres varas de distancia á *Siapure*, que tenía al lado á su hija, y fueron palabras que se perdieron en el viento. La niña que estaba un poco de lado me miraba con insistencia singular. Ciertamente me conocía, ciertamente que había «leído» alguna cosa, pero no acerté á comprender el sentimiento que brillaba en su mirada, que parecía tener aquella expresión incierta de cuando se mira á una persona pensando en otra. ¿Había oído á su padre hablar mal de mí? ¿Le había oído hablar de mí con palabras benévolas, y la había recordado nuestra amistad rota? Sentía cierto malestar bajo la mirada de aquella niña de diez años, que parecía que me atravesaba el alma y cuyos ojos decíanme dulcemente:

—Sé que mi padre te quiere aún: ¿por qué no le das la mano?

A veces creí leer en aquellos ojos una expresión distinta:

—Odias á mi padre; ¿por qué le odias?

—No, hija mía,—le contestó mi corazón,—tranquilízate, no le odio; no podría ni lo merece; yo no tengo la culpa. Sí, ciertamente debería ser, como tú piensas, el primero en tenderle la mano; pero para hacer esto debiera ser razonable y bueno, y no soy ni lo uno ni lo otro; aunque haya escrito alguna cosa que lo haya podido hacer, y aunque veas

sobre mi cabeza cabellos grises, estoy lleno de orgullo. ¡Ah! ¡si supieses cómo ese pobre orgullo nos empequeñece! Mira, junto á vosotros hay un sitio vacío; siento una voz que me dice que baje al estribo y que vaya á sentarme al lado de tu padre; siento otra vez que me dice:

—Estáte quieto, no te muevas.

La primera es dulce y me enternece, la segunda es áspera y me horroriza, y no obstante cedo á esta última, y esto me da vergüenza, querida niña, pero prefiero esta vergüenza á la complacencia profunda que experimentarías si hiciera yo lo que tú quieres que haga. ¡Vaya vuelve la cabeza hacia otro lado, y no me mires más; no merezco la mirada de tus ojos buena é inocente, te lo aseguro!

Pero en aquel momento el tranvía se paró y *Siapure* se volvió para mirar lo que llamaba la atención de su hija. Me vió y se fijó en mí. Aquel hubiese sido el momento oportuno, pero le dejé pasar.

—¡Adelante!—grito el cobrador, y el tranvía volvió á emprender su marcha. ¡Cuán distinto sonó para mí aquel «adelante» de aquel que oyera el día anterior! Sí, adelante—quería decir esto—adelante siempre, orgulloso, mezquino y rencoroso hasta la muerte.

*
*
*

—Adelante,—gritaba también aquel obrero que me calificaba de politicastro cada vez que el tranvía se paraba en el paseo de San Mauricio la noche de la fiesta de San Pedro. Tenía al lado á su mujer; debía haber festejado su propio santo y estaba completamente embriagado. Las lámparas y faroles danzando y multiplicándose ante sus ojos confundían sus ideas topográficas; creyendo que estaba en el Valentino se asombró al ver allí la Mole Antoneliana que apostrofó; tomó la arena turinesa por una barca de marineros y la vista impensada de la plaza del Benne le maravilló como una aparición fantástica.

—¿Dónde estamos?—exclamaba á cada momento, —¿dónde vamos?

Y tenía la manía de que el tranvía no se parara. Y gritaba siempre: ¡adelante! con furia creciente. Luego quedó amodorrado durante algunos momentos y después al despertarse asaltóle un impetu de tierna melancolía por su mujer y pasando un brazo alrededor de sus hombros y la cabeza inclinada sobre la espalda, empezó á confesar sus culpas diciéndola que era una santa y buena mujer, que él era indigno de ella, que quería cambiar de vida, y que se lo prometía y juraba, pero antes quería ser

perdonado. Era en vano que ella le dijese que sí, que le perdonaba, que se estuviera quieto y que no hiciera el tonto. A cada una de sus afirmaciones de perdón no hacía más que dar una nueva y más ancha vía de palabras de arrepentimiento entrecortadas por los sollozos del llanto, y vino.

—No; no, soy digno de ti... ¡Ah! no, Marieta mía... ¡Dime que me perdonas!... ¡Dime que me quieres! Dime que soy un bruto... pero perdóname, perdóname.

Y de nuevo señalaba las propias culpas, realzando las virtudes de ella: lo bien que le había cuidado una vez que estuvo enfermo; el remordimiento que tendría siempre de no haberse portado con ella como un buen marido y afirmando que, estaba dispuesto á demostrar que la quería, cambiando de conducta y perseverando en la buena vida y costumbres *hasta el fin de su vida*. Y en esta erupción de palabras, avinadas y como sueltas se advertía sin embargo, y saltaba á la vista de todos, el fondo bueno de una naturaleza no pervertida todavía que hacía pensar seriamente en tantas otras naturalezas parecidas, á quienes los vicios habían pervertido y andaban pervirtiendo de continuo; en las miserias y martirios de innumerables pobres mujeres como aquellas torturadas y muertas por el veneno maldito que ellos no bebían; y en toda aquella larva de hombres envenenados y mujeres infelices que yo veía ante mí pasar por el aire como una bandada triste en aquellas hermosas noches estrelladas de fin de junio. Triste y pesaroso con mezcla de remordimiento y de vergüenza pensaba

yo que ninguno cumple con su deber y que debiera emprenderse una cruzada universal, enérgica é infatigable contra todos los vicios, no por medio de leyes y de discursos, sino disputándose unos á otros sus víctimas con amor, con consejos, con ruegos, con la caridad, con la comunión intelectual, con todas las fuerzas que puedan ponerse en obra para salvar del suicidio á un hermano.

FIN DEL TOMO PRIMERO